

**¿EL URBANISMO
HA LLEGADO
A SU FIN?**

AARON BETSKY

El urbanismo tal como lo conocemos hoy en día implica una actividad de remoción. Sus fundamentos refieren a la creación de condiciones que permitan el surgimiento de nuevas comunidades y la desaparición de una *tabula rasa*. Desde la segunda mitad del siglo XIX ha servido como herramienta para despejar, depurar y hacer rentables áreas urbanas, suburbanas y rurales existentes. Todas las tareas implícitas en el planeamiento incluyen, por tanto, una especie de destrucción. Ya sea bajo el rótulo de erradicación de tugurios o con el fin de simplificar infraestructuras y crear espacios públicos, o como parte de la planificación de nuevas urbes hacia donde los pobladores rurales o de las ciudades son trasladados por los gobiernos o atraídos por los urbanistas, la disciplina provoca alienación en la medida en que hace borrón y cuenta nueva.

Y la arquitectura saca provecho de ello: puede presentarse en la forma de nuevos edificios sobre un terreno completamente despejado, con libertad para regodearse a su antojo. En tanto la arquitectura se presente como la imposición de formas abstractas racionalizadas, en la que el mayor grado de efectividad posible y una mínima inversión redundan en elevadas ganancias, el urbanismo le resultará algo necesario. Al igual que ella, el urbanismo se conforma con la idea de estar creando bloques de edificios utópicos en los que todo estará en su debido lugar y donde todos tendrán su espacio.

No obstante, el urbanismo debe aceptar el hecho de su fracaso. No ha existido, prácticamente, un solo plan urbano que funcionara tal como fuera ideado, y mucho menos en los últimos cincuenta años. Ni con las almenas de las barbacas ni con los tramos de nuevos poblados a lo largo del delta del río Perla –ni tampoco con las interminables fajas subdivididas que cubren el mundo occidental o con los monumentales caprichos de nuevos capitolios en países emergentes– ha sido capaz el urbanismo de provocarnos una sensación de arraigo o pertenencia al mundo, o de generar espacios equitativos y habitables mediante una certera aplicación de los recursos. Y se suma a esto que la remoción se ha vuelto cada vez más difícil debido a la resistencia política, las comunidades organizadas y los movimientos de conservación de patrimonios, además de la escasez de recursos, particularmente hídricos y de tierra, que obstaculizan la realización de los nuevos entornos integrales pensados.

La verdadera esencia del urbanismo, implícita tanto en sus raíces históricas como en su madurez y tal como lo prueban el Plan de Haussman o la Ringstrasse de Viena, queda clara: se trata de una herramienta que permite liberar la plusvalía de la que luego se apropian los agentes de bienes raíces. Aunque el encargo parta de los municipios o los gobiernos, se terminan beneficiando aquellos que controlan el mercado inmobiliario y que cuentan con los medios para transformar planes de urbanización abstractos en lucrativas realidades. Como me lo expresara el arquitecto Boris Bernaskoni en oportunidad de estar ojeando proyectos urbanísticos en la feria mundial anual del sector inmobiliario (MIPIM) en Cannes: “Las estilizadas chicas bonitas en minifalda cumplen el mismo propósito que los bloques de plástico en cuadrículas regulares: vender”.

THE END OF URBAN PLANNING?

AARON BETSKY

Urban planning as we know it today is an act of removal. Its roots lie in the creation of conditions in which new communities might rise and a *tabula rasa* would disappear, and since the second half of the 19th century it has been a tool to clarify, sanitize, and make profitable existing urban, suburban, or rural areas. Every act of planning therefore involves a kind of destruction. Whether it is under the name of slum clearance, or whether it is to simplify infrastructure and create public space, or whether it is the planning of new cities to which governments can remove or developers can lure either rural or city dwellers, urban planning wipes the slate clean and alienates.

Architecture profits from this: it can appear as new buildings on a truly clear land, free to disport itself at will. Architecture as the imposition of abstract form, rationalized and made as efficient as possible, involving the least amount of investment and the highest return to investors, needs urban planning. Like architecture, urban planning consoles itself with the idea that it is creating building blocks for utopia, in which all will be in its place and everybody has space.

Now, however, urban planning must confront the fact it has failed. Almost no, if any, urban plan has worked as it was intended, certainly not in the last fifty years. From the battlements of the Barbican to the desolate stretches of new towns along the Pearl River delta, and from the endless rows of subdivisions covering the Western world to the gigantic follies of new

capitols in developing countries, urban planning has been unable to make us at home in our world, to create a sense of place, to make equitable and habitable spaces, and to use resources wisely. Not only that, but it is becoming more and more difficult to remove, as political resistance, community organization, historic preservation movements, and the lack of resources, especially land and water, makes it difficult to create such total new environments.

The true nature of urban planning, already inherent in its historic roots and its maturity in such ventures as the Plan Haussmann and the Ringstrasse in Vienna now is clear: it is a tool to allow surplus value to be unlocked and appropriated by real estate developers. Though often commissioned by city or state, it benefits those who can control the real estate and have the means to make abstract urban plans into profitable realities. As the architect Boris Bernaskoni said to me, as we were viewing urban plans at MIPIM, the annual real estate conference in Cannes: “The pretty girls in short skirts and long legs and the plastic blocks in straight grids serve the same purpose: to sell”.

This is in many ways contrary to how urban planning has seen its role. The discipline as we know it today has suburban roots in the Anglo-Saxon and German world, and urban ones in the French, Austrian, and Mediterranean tradition. In the United Kingdom, it was Ebenezer Howard and later Patrick Geddes who lay at the beginning of the discipline as a modern theoretical and academic pursuit. Howard’s Garden City proposals, dating to the 1880s, but not published until 1902, and thus actually a kind of retroactive manifesto for suburbia, foresaw the removal of a certain class of people from what he saw as an increasingly dangerous and unhealthy urban core. This central area would be left to production and

regulation. It would be the command and control center, where rulers and legislators, as well as corporations would oversee the allocation of resources and the calibration of society. Those who worked in that process, as well as women and children, would live in suburban nodes, connected to the city by mass transit and separated by an idealized version of countryside.

Now, almost two centuries later, the vision has become reality, though in a messy, sprawling manner. Downtown cores in most developed cities are indeed command/control/culture centers, leaving a miasma of unfocused development to spread throughout the landscape. Though each element of this sprawl is usually planned, it is done so piecemeal and without regard to the environment. Sprawl and its constituent parts do, however, further class and even gender separation under the guise of “zoning”. Nothing planning proposes can answer to the sheer economic logic of this sprawl.

Geddes, who published his *Cities in Evolution* in 1915, was less radical in his separation of functions and people, and also less abstract in his thinking. Instead, he started from an analysis of specific ground conditions, abstracting principles from these. Urban planning was a question of scenarios, in which the landscape had to become a stage on which the lives of diverse populations could occur, and in which functions and forms would appear according to unifying, not unified, principles. Geddes’ influence came through in the planning of rural settlements in Israel, Madras, and in other outlying areas, as well as in the notion of suburban settlements in particular as picturesque neo-villages. The more radical notion at the heart of his work, that urban planning was an interpretation and extrapolation of landscape, had little influence. Patrick Geddes in many ways represents either

En muchos aspectos, esto es justamente lo contrario de lo que el urbanismo ha considerado su propio rol. Las raíces suburbanas de la disciplina tal como la conocemos en nuestros días pueden rastrearse en las culturas anglosajona y germana, mientras que existen antecedentes relativos a lo urbano en las tradiciones francesa, austríaca y mediterránea. En el Reino Unido encontramos a Ebenezer Howard y más tarde a Patrick Geddes en los albores de esta práctica considerada como disciplina teórica moderna y académica. Los planos de la Ciudad Jardín de Howard, que datan de la década de 1880, no fueron publicados hasta 1902, por lo cual podrían juzgarse como una especie de manifiesto retroactivo de las zonas residenciales suburbanas. En los mismos se preveía la remoción de determinada clase de ciudadanos de lo que Howard consideraba núcleos urbanos insalubres y cada vez más peligrosos, que se reservarían para actividades productivas y administrativas, a modo de centros de comando y control desde los que las autoridades impartirían sus reglas, se supervisaría la adjudicación de recursos por parte de las empresas y se establecerían ajustes de la sociedad. Quienes participaran de tal proceso, con sus mujeres e hijos, habitarían los nodos suburbanos conectados a la ciudad a través de sistemas de transporte colectivo, con lo que se mantendrían apartados, gracias a una versión idealizada de la vida en el campo.

Hoy en día, casi dos siglos después, la visión se ha vuelto realidad, aunque de un modo algo desprolijo y descontrolado. En la mayoría de las ciudades del mundo desarrollado, el casco urbano de la ciudad es, por cierto, un centro de comando, control y cultura que provoca un miasma de desarrollo difuso desparramado a través del paisaje. Aunque cada uno de los elementos de tal desbarajuste haya sido objeto de diseño, es el resultado de un trabajo poco sistemático que no tiene en consideración el entorno. Esta dispersión y sus partes generan, además, una clasificación y hasta una separación que se enmascaran bajo el nombre de “zonificación”. Nada de lo que propone el planeamiento urbano puede dar respuesta a la lógica netamente económica de esta expansión descontrolada.

En su obra *Cities in Evolution* (Ciudades en evolución), publicada en 1915, Geddes es menos radical en cuanto a la separación de funciones y personas, y también menos abstracto en su pensamiento. Comienza por un análisis de las condicionantes específicas del terreno y de ellas abstrae sus principios, según los cuales el planeamiento urbano sería una cuestión de panoramas donde el paisaje se convierte en un escenario sobre el cual transcurre la existencia de distintos habitantes y en el que las funciones y las formas se presentan según concepciones unificadoras y no unificadas. La influencia de Geddes se pone de manifiesto en los proyectos de asentamientos rurales de Israel, en la ciudad de Madrás, y en otras áreas periféricas, así como también en la valoración de asentamientos suburbanos, en particular como pintorescos neopoblados. El principio más radical que rigió su trabajo, el que concibe el planeamiento urbano como una interpretación y extrapolación del paisaje, no resultó muy influyente. En múltiples aspectos, Patrick Geddes representa tanto el cargo de conciencia como las promesas incumplidas del urbanismo.

En lo que fuera la principal tradición urbanística fuera de Inglaterra y los Estados Unidos de América, el planeamiento urbano se basaba en la remoción de los elementos no deseados de las ciudades, que eran sustituidos con espacios abiertos para facilitar el traslado de mercancías y personas; estos espacios se rodeaban con bloques reticulados que a su vez permitían el desarrollo, también en cuadrícula, de torres de apartamentos u oficinas. Bajo el control visual y social de las monumentales estructuras de teatros de ópera y edificios universitarios y legislativos, las intervenciones lineales que atravesaron París o Viena a mediados del siglo XIX se han transformado en modelos para las reconstrucciones que a su semejanza se vienen operando hoy en día, particularmente en Asia. Paralelo a ello, la

the guilt conscience or the unrealized promise, of urban planning.

In the urban tradition prevalent outside of England and the United States, urban planning was about removal of the unwanted elements within the city and their replacement by open spaces that would facilitate the movement for goods and people, surrounded by gridded blocks available for development into equally gridded apartments or office blocks. Controlled both visually and socially by monumental structures such as opera houses, universities, and parliament buildings, the openings cut through Paris and Vienna in the middle of the 19th century became models for similar reconstructions that continue to this day, especially in Asia. At the same time, the Austro-Hungarian tradition of laying out gridded quarters adjacent to former cores, and moving all power centers to these new districts, transformed cities, either directly or indirectly, from Northern Italy to the shores of Baltic.

The modernist reaction to such methods of erasure, replacement and displacement was, if anything more violent and radical. Designers in the Netherlands and Germany in particular sought to remove buildings completely from the land, on stilts or, later, parking plinths, to wall them off from outside influences, and to create them in forms and with geometries that purposefully were at odds with their context. The urban plan was meant to create not just new places to live, work, and play, but a new human being as well. Through the very act of removal and framing in this new place, the modern man would be liberated by technology and free to create a new self. While few such plans, such as Hilbersheimers 1927 vision for Berlin, were ever realized, the *siedlungen*, or suburbs created visions of abstraction adjacent to urban cores.

The anti-human tendencies in such thinking became evident in their

most extreme forms in the planning of the holocaust and the gulags of the Soviet empire, but also in the windswept open plazas and dead spaces of most post-Second World War developments. In city after city, whole neighborhoods disappeared, to be replaced by shopping districts, rows of high-rises, apartment blocks, buried services, and open, useless public spaces, all supported by underground services and designed to disconnect from the existing urban fabric. From the Karl Marx Allee in Berlin to Rotterdam's Lijnbaan, the idea was to build a rational new city. In the United States, the excuse was not war damage, but slum clearance, leading to the mass removal of African-Americans and the construction of housing projects that in most cases failed, isolated business districts, and soulless downtowns. It was not that these plans were always poorly laid out or produced, but that the very idea of urban planning has led, through inexorable logic, to the removal of place, scale, and texture, and eventually to the dream of removing those humans who messed up the perfect order envisioned by planners.

Urban planning, it became clear by the 1960s, was and always had been a utopian enterprise that could not abide by the mess reality and the necessary contradictions of everyday life. It sought to remove and separate ever more, clearing, cleaning, and rationalizing until there was nothing left to plan but the people who were supposedly at the core of their efforts.

Reactions since then have been myriad, but have not led to any radical changes in the nature of urban planning. Some urban planners sought to make inhabitants or users part of the planning process, but this only served to remove whatever clarity or reason urban plans had without creating a real sense of place. The reason for this is simple and lies at the core both of urban

planning's problem, and of design in general: it is always done by somebody for somebody, whereas the only way to make a place real, comfortable, and inhabited is to live there. Luckily, few governments lack the power and will to implement large-scale urban plans.

Yet, the results of such quasi-participatory planning have been equally pernicious. The designation of small scale improvement and, even more, the creation of urban specific plans and improvement districts, such as those pioneered by the Times Square area in New York, have led to gentrification and homogenization, turning older areas into deserts of sameness, both in terms of function and in terms of urban fabric. Where planning has become a way to allow for and coopt citizen participation, it has become a tool for piecemeal development and more often than not an excuse for commercial scenarios in which obstacles are removed and apartment buildings turned into coops, streets turned into shopping malls filled with chain stores, and industrial lofts became office blocks with too little light and space.

Urban planning exacerbates this problem by the scale in which it works, and thus another technique for the last half century has been to try to break down the scale of urban planning. Instead of even zoning areas or planning for their improvement, planning has sought to only use unwanted sites or to operate in plazas and existing streets. Again, the result has been amelioration and sameness. It has alleviated some of the problems of unused urban potential or congestion, but has led to piecemeal solutions that, though they might work in places, have little of the logic of urban planning. The discipline saves itself by dissolving into myriad different actions and by becoming part of the day-to-day development of urban areas, without any historical consciousness or clear outcomes.

tradición austrohúngara de replantear sectores en damero dispuestos tangencialmente a los viejos núcleos y trasladar los centros de poder a los nuevos distritos, transformó ciudades, de forma directa o indirecta, desde el norte de Italia hasta las costas del Mar Báltico.

La reacción modernista a tales métodos de eliminación, reemplazo y desplazamiento fue más que nada violenta y radical. En el caso particular de los diseñadores holandeses y alemanes, se buscó despejar el suelo por completo, para lo cual se recurrió a pilotes y luego a plintos dedicados a sectores de estacionamiento y a definir muros que separaran los edificios de las influencias externas, imprimiéndoles formas y geometrías opuestas a las que presentaba el entorno. Los planes urbanísticos tuvieron por cometido no solamente la creación de nuevos lugares donde habitar, trabajar y jugar, sino también la generación de un hombre nuevo. Mediante el acto mismo de eliminación y encuadre de este nuevo espacio, ese hombre moderno podría liberarse a través de la tecnología para tener la autonomía de recrearse a sí mismo. Aunque fueron escasos los planes de este tipo que prosperaron, como en el caso de la teoría Hilbersheimer aplicada en Berlín en 1927, los *siedlungen* (suburbios) dieron lugar a concepciones de abstracción para las adyacencias de los núcleos urbanos.

La inclinación antihumana de tales ideas se puso en evidencia en su máxima expresión en la planificación del Holocausto y los gulags del imperio soviético, así como en las ventosas plazas abiertas y espacios vacíos de la mayoría de las urbanizaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Ciudad tras ciudad, se hicieron desaparecer barrios enteros que fueron sustituidos por distritos comerciales, alineaciones de rascacielos, bloques de apartamentos, servicios bajo tierra y espacios públicos abiertos de dudosa utilidad, apoyados todos sobre instalaciones subterráneas, todo en función de un diseño establecido para aislarse del tejido urbano existente. Tanto en la avenida berlinesa conocida como Karl Marx Allee como en la calle peatonal Lijnbaan en Róterdam, la idea fue construir una nueva ciudad racional. En los Estados Unidos la excusa no fue la destrucción de la guerra sino la eliminación de tugurios que llevó a la remoción masiva de afroamericanos y a la construcción de proyectos de vivienda que en su mayoría resultaron intentos fallidos que terminaron en distritos comerciales aislados y cascos urbanos desolados. No es que estos proyectos fueran siempre replanteados o producidos erróneamente, sino que la concepción misma del planeamiento urbanístico llevó, a través de una lógica inexorable, al retiro de lugares, escalas y texturas, y finalmente al sueño de eliminar a los seres humanos que alteraban el orden perfecto que idealizaban los proyectistas.

Para la década de 1960 ya había quedado claro que el urbanismo era, y siempre había sido, un emprendimiento utópico que no podía ajustarse a la realidad desordenada ni a las inevitables contradicciones del diario vivir. Se fundamentaba en una creciente extirpación y separación, en la eliminación, la limpieza y la racionalización continuadas hasta el punto de que ya no quedaba nada que proyectar más que los individuos que supuestamente constituían la razón de sus esfuerzos.

Las múltiples reacciones que se han suscitado desde entonces no han conducido a ningún cambio radical en cuanto a la naturaleza del urbanismo. La intención de algunos urbanistas de incluir a los habitantes o usuarios en el proceso de planificación no ha servido más que para eliminar la claridad o las razones que pudieran tener los proyectos de urbanización, sin la creación de un verdadero sentido de lugar. La causa de ello es simple y constituye el meollo de la problemática urbanística así como del diseño en general, y es que siempre se trata de lo que hace alguien para otros, cuando la única forma de hacer que un lugar se torne real, cómodo y habitable es viviendo en él. Afortunadamente, pocos gobiernos cuentan con el poder y la voluntad para implementar planes urbanísticos a gran escala.



High Line. Nueva York, 2012. Foto: Fiorella Galvalisi. Edición: Andrea Sellanes.

Y los resultados de ese planeamiento cuasi participativo han sido igualmente perniciosos. La definición de mejoras a pequeña escala y aun más, la creación de proyectos urbanísticos específicos y distritos favorecidos, como los promovidos en el área de Times Square en Nueva York, han llevado a la elitización y la homogeneización; las zonas más antiguas se convirtieron en desiertos de monotonía, tanto en términos de funcionalidad como en relación con el tejido urbano. En los casos en que la planificación se presenta como forma de permitir e incorporar la participación ciudadana, también se ha convertido en una herramienta de desarrollo carente de sistematización, y en la mayoría de los casos en una excusa que, con fines comerciales, retira obstáculos, convierte edificios de apartamentos en espacios de reclusión, calles en centros comerciales plagados de locales de cadenas de tiendas y edificios industriales en bloques de oficinas donde escasean la luz y el espacio.

El urbanismo agrava esta situación con la escala que aplica, por lo que otra técnica de los últimos cincuenta años ha sido tratar de reducir la escala de los planeamientos urbanos. En lugar de la zonificación de áreas o la definición de proyectos de mejora de las mismas, el urbanismo ha optado únicamente por darle uso a lugares que despiertan poco interés o por intervenir en las plazas y calles existentes. Una vez más, el resultado de ello ha sido el mejoramiento y la monotonía. Se han subsanado algunos de los problemas del potencial urbano desaprovechado o del congestionamiento, pero también se han producido soluciones parciales que aunque puedan funcionar en ciertos lugares tienen poco de la lógica que implica el urbanismo. La disciplina logra salvarse mediante su división en incontables acciones distintas y como parte del desarrollo diario de las áreas urbanas, pero sin conciencia histórica alguna y sin resultados claros.

Es posible argumentar que tal transformación constituiría el punto de partida de lo que podría ser un enfoque urbanístico posplanificación, más táctico que estratégico. Si el urbanismo se tratara de una oposición o incisión crítica podría ahorrarse el enfoque homogéneo y de urbanizaciones predefinidas. El problema en ese caso es que se coloca al urbanismo en el mismo lugar en que ha terminado la arquitectura crítica o experimental, donde se convierte en una actividad opositora que no suele ser el resultado de un encargo o aprobación por parte de entidades privadas o gubernamentales. De hecho, es a menudo algo que solo se encuentra en las universidades o en los concursos teóricos como los que organiza el Instituto de Arquitectura Avanzada de Cataluña (IAAC) en Barcelona.

Son pocas las veces en que las propuestas de intervención que parten de cero llegan a concretarse en construcciones reales. Dos de los ejemplos que lo han logrado con éxito son el proyecto de Marco Navarra que interconecta pequeños poblados en el interior de Sicilia (Parque Lineal, 1999) y el más conocido proyecto del parque High Line en la ciudad de Nueva York, que surgió en 2004 a partir de la inquietud comunitaria de un grupo denominado *High Line Developers*. Para ello, el estudio de arquitectura Diller + Scofidio, que se venía dedicando a intervenciones en museos de arte y otros sitios que albergan instalaciones (aunque en la actualidad, actuando como Diller Scofidio + Renfro, se ha convertido en un célebre estudio de arquitectura), se unió al arquitecto paisajista James Corner. Esta unión dio como resultado la paulatina recuperación de una línea ferroviaria de transporte de carga en desuso que derivó, no en un gran parque nuevo, sino en una sucesión de episodios que revelan distintos aspectos de la urbe. La mejor cotización que han experimentado los inmuebles adyacentes habilita la esperanza de que los agentes interesados en desarrollos inmobiliarios y las autoridades gubernamentales puedan ver el valor de la táctica aplicada, aunque también hay que volver a preguntarse quién se termina beneficiando en todo esto. ¿Será que esto se convertirá en un patio de recreo para los *yuppies*?

You could argue that such transformation might be the beginning point of a kind of post-planning approach to urban development. It would be one that would be tactical, rather than strategic. If urban planning was an act of critical opposition or incision, it might avoid a homogenous and development-ready approach. The problem with such an approach is that it places urban planning in the same position into which critical or experimental architecture has evolved: it becomes an oppositional activity, not often the result of commission or sanction from either private or government authorities. It is, in fact often something you can only find in schools, or in theoretical competitions such as those organized by the IAAC in Barcelona.

Only rarely does such a ground-up proposal for intervention lead to anything built. Two examples that have been successful include the project by Marco Navarra to connect small villages in the interior of Sicily (*Linear Park*, 1999) and, more famously, the High Line in New York City. The result of agitation by a community group, the High Line developers in 2004 engaged a combination of the architecture firm Diller + Scofidio, whose work until then had mainly consisted of intervention played out in art museums and other installation venues (though they have now, as Diller Scofidio + Renfro, become a successful architecture firm), and the landscape architect James Corner. The result was the gradual recuperation of an unused railroad freight line, with the result not a large new park, but a string of episodes that reveal aspects of the city. The rise in real estate values of the surrounding properties does offer some hope that developers and governments might see the value of such tactics, though you again have to wonder: who benefits? Is this to become a yuppie playground?

The fact that Corner, who has theorized a practice that is increasingly becoming known as “landscape urbanism,” was a partner in this venture is significant. As early as 1996, in his *Taking Measures Across the American Landscape*, Corner has proposed reading the landscape, and then designing as a continuation of this cartography. Though the theoretical roots of his writings lay in the work of Post-Structuralists as Giles Deleuze and Felix Guattari, there was also a resonance between his close examination of the landscape and efforts such as those as J.B. Jackson to understand our cities through geography.

As an approach, however, landscape urbanism had already been the mainstay, though in a less refined manner, of the work of designers such as George Hargreaves, who concentrated on the creation of parks and public spaces through the renovation of watersheds and disused sites, on the one hand, and, on a theoretical level, in the work of Bill Morrish and others who sought to use geography in planning research.

At the same time, landscape architects in Germany, Switzerland, Belgium, and especially The Netherlands were developing planning as a collage of new and old, based on existing natural and human-made patterns through which new construction and infrastructure could be woven in such a manner to allow especially suburban locations to emerge in a manner that would be conducive to recognizability and thus place-making.

Their first attempt was the Prinsenland plan for Eastern Rotterdam, of 1986. Designed by a group including Riek Bakker and Frits Palmboom, among others, it preserved existing settlement patterns and many of the existing structures, as well as meandering country roads and drainage ditches, and then inserted a new geometry of

main axes, apartment blocks, and civic gathering points through this pattern.

The architects involved with this project received many commissions starting in the late 1990s as part of the so-called Vinex program, under which the Dutch government sought to encourage the construction of half a million new homes in suburban and exurban locations. Especially noteworthy were the plans for Leidsche Rijn, by Bakker, and Ypenburg, by Palmboom. Both are large, completely new developments that will house between twenty and fifty thousand new inhabitants when built out, and both attempt to preserve notable features of the existing landscape, both natural and human-made, from creeks and meadows to factory sheds and the remains of an old military airport landing strip.

For all the success these projects have in terms of their aesthetic and their ability to look like neighborhoods rooted in place and history, they do not appear to have escaped from the reality that they are new communities inhabited by people who have moved there from elsewhere. They are as new and alien as any large-scale development planned out on drawing tables elsewhere since the end of the 19th century. The Vinex program has been neither more or less successful than any other suburban expansion and construction program. It should be noted, however, that landscape urbanism has become an export item, hotly debated at schools and institutes in the United States and elsewhere.

The same is true of the opposite tendency to create insta-places, namely New Urbanism. Based on a reading not of place or nature, but of communities of a certain size in the United States from roughly 1880 to 1930, i.e., the height of commuter suburban development and small town growth in that country, they propose developments that are uniform in appearance. They

Es significativo el hecho de que este emprendimiento contara con la participación de Corner, quien ha definido una teoría para una práctica que se vuelve cada vez más conocida bajo el nombre de “urbanismo paisajista”. Ya en 1996, en su obra *Taking Measures Across the American Landscape*, Corner proponía una lectura del paisaje como paso previo al diseño entendido como una continuidad de la cartografía. Aunque el origen teórico de su planteo radica en las obras de posestructuralistas como Gilles Deleuze o Felix Guattari, existe también una correspondencia entre su detallado análisis del paisaje y trabajos como el realizado por J.B. Jackson con el objetivo de comprender nuestras ciudades a través de la geografía.

Pero el urbanismo paisajista, en tanto método de abordaje, ya constituía el cimiento sobre el que se basaron, por un lado y de un modo algo menos refinado, las obras de diseñadores como George Hargreaves, quien se dedicó a crear parques y espacios públicos mediante la renovación de cuencas y emplazamientos abandonados, y por otro y desde un enfoque teórico, el trabajo de Bill Morrish y otros que buscaban aplicar las ciencias geográficas en sus investigaciones sobre planificación.

Por esos mismos años, los arquitectos paisajistas alemanes, suizos, belgas y particularmente los holandeses, implementaban el planeamiento urbano como un *collage* de lo viejo y lo nuevo. Para ello se basaban en patrones existentes, tanto de la naturaleza como creados por el hombre, a través de los cuales se podían entrelazar las nuevas construcciones e infraestructuras para habilitar el surgimiento de lugares suburbanos en particular, que condujeran al reconocimiento y por ende a la creación de lugares.

El primer intento se materializó en 1986 con el plan Prinsenland, ideado para el sector oriental de Róterdam por un grupo de diseñadores entre los que se encontraban Riek Bakker y Frits Palmboom. El plan conservaba los patrones de emplazamiento existentes y muchas de las estructuras existentes, así como algunos serpenteados caminos vecinales y cunetas de drenaje, para luego introducir una nueva geometría basada en ejes centrales, bloques de apartamentos y puntos de encuentro ciudadano a través de este patrón.

Los arquitectos que participaron de este proyecto recibieron muchos pedidos a partir de fines de la década de 1990, los que formaron parte del programa denominado Vinex con el que el gobierno holandés buscaba promocionar la construcción de medio millón de viviendas nuevas en los suburbios y zonas residenciales periféricas. Es de destacar el proyecto de Bakker para el barrio Leidsche Rijn, así como el de Palmboom para el suburbio hayense de Ypenburg. Se trata, en ambos casos, de grandes urbanizaciones totalmente nuevas que alojarán entre veinte y cincuenta mil nuevos moradores, donde se intenta conservar ciertas características notables del paisaje existente, tanto el natural como el creado por el hombre, que incluye cañadas y praderas, así como también construcciones fabriles y lo que queda de una pista de aterrizaje de un antiguo aeropuerto militar.

A pesar del resultado positivo de estos proyectos, en cuanto a su estética y su capacidad para parecer barrios históricamente arraigados en su ubicación, aparentemente no han podido escapar de su realidad de nuevas comunidades constituidas por habitantes que han llegado allí desde otros lugares. Se presentan tan nuevos y extraños como cualquier otra urbanización a gran escala como las que se proyectan desde mesas de dibujo alejadas del sitio, tal como se viene dando desde finales del siglo XIX. El programa Vinex no ha resultado ni más ni menos exitoso que cualquier otro programa de ampliación y construcción en zonas suburbanas. No obstante, es de notar que el urbanismo paisajista se ha convertido en un producto de exportación sobre el que se debate acaloradamente en las universidades e institutos tanto de los Estados Unidos de América como de otros países.

also have certain attributes, such as porches, “granny flats,” sidewalks, and community focal points near the entrance to the new development, that are designed to create greater social interaction. Yet the communities of Celebration in Florida or Aurora in Colorado appear no different than any other suburban development, albeit they are more homogeneous and have more detailing than most of the neighboring areas.

There is a tinge of utopian thinking about these projects, whether or landscape urbanism or New Urbanism, and that is revealing in itself. The best examples of urban planning have never been realized, but have served as models—whether utopian or dystopian. That is true for the garden suburbs as well as for the dreams of Leon Krier and his idylls of a pre-industrial urbanism. You could even say that the roots of planning go back to millenary ideas about building the City of God or making heaven appear on earth.

Similarly, fiction and films have proposed ideal cities since Thomas More’s *Utopia*, and they continue to do so, albeit in more messy and contingent ways. These days, films or books that show us the future, whether they are science fiction or Steam Punk, tend to imagine the kind of collage of new forms and existing patterns that first appeared in the 1982 film *Blade Runner*. Perhaps writers and film makers know something planners refuse to acknowledge: that perfection is not only not possible, but not desirable, and that we will have to learn how to either accommodate

the new and preserve the past, or have such a pastiche happen to us in such a manner that it will exacerbate social and ecological disaster.

Such would, then, be a program for urban planning: how to collage together new things as they appear, in such a manner that as much of the existing human and natural landscape remains, in a way that promotes social interaction and the availability of both basic human rights such as light and space, and services, and in order to allow freedom of action for all.

This is a reactive strategy. It assumes that planners do not lay out ideas and then wait for developers to fill them in or governments to mandate their construction. Rather, their tactic would be to follow trends, suggest alternatives, and resist anything that precludes access or is of too large a scale (though exceptions for the latter would be desirable, or we would never have another St. Peter or Rockefeller Center). Reuse and extension, rather than razing and satellite construction, should be the mainstay of such a practice.

This would be a kind of scenario planning that is already popular among certain businesses and, again, planners in The Netherlands. There, architects such as the Office for Metropolitan Architecture and Kees Christiaanse have even developed computer programs that would allow planners to react to the success of failure of certain constructions by altering plans. Such “games,” however, still hold onto the idea that an initial plan is necessary, even though it does change in development.

The real answer to the future of urban planning is to do nothing. Or rather, to wait and, while exercising patience, gather information. Urban planning should be a kind of urban geography, which seeks to know in as many ways possible all aspects of the environment, from wind and water and sun angles, to the hidden constructions lurking in cellars or underground. Then, when reoccupations occur, or somebody proposes a new move in the chess game of city, suburban, or ex-urban life, urban planners could show how such developments would further, contradict, burry, or open up the existing landscape.

At the same time, urban planners could keep proposing visions of what our designed environment could become, with the full knowledge that these models should remain that: unreal marks by which we can measure what happens or could happen in the real world.

Mapping, mirroring, and advising would be the central activities of urban planning. If planners were to do anything actively, it would be to engage in surgical incisions that allow other actors in the urban field to occupy or develop further plans.

Of course, all this assumes that urban planners prefer to make a critical difference, rather than helping to increase real estate values, destroy existing environments, and create alienated environments. Urban planning can still sell or it can be a way of knowing, seeing, and opening up our spaces.

Making nothing or urban planning. Urban planning can be avoided.

Lo mismo sucede con la tendencia antagónica a esta, que bajo la carátula de Nuevo Urbanismo crea lo que se conoce como insta-lugares. Con fundamento en una lectura no del lugar de emplazamiento o de la naturaleza sino de las comunidades de cierta escala que se dieron en los Estados Unidos en el período que va aproximadamente desde 1880 hasta 1930 –esto es, el apogeo de urbanizaciones suburbanas denominadas barrios dormitorio y el período de crecimiento de los pequeños pueblos de ese país–, se proponen urbanizaciones uniformes en cuanto a su aspecto. Allí se incorporan ciertos elementos como porches, apartamentos contiguos integrados, aceras y puntos comunitarios centralizadores cercanos a la entrada de las nuevas urbanizaciones, pensados para generar una mayor interacción social. Aun así, las comunidades Celebration en la Florida y Aurora en Colorado no parecen en nada diferentes de todas las demás urbanizaciones suburbanas, si bien es cierto que cuentan con mayor homogeneidad y detalle que la mayoría de las zonas circundantes.

En estos proyectos existe un dejo de pensamiento utópico, ya sea que se trate del urbanismo paisajista o del nuevo urbanismo, que resulta revelador en sí mismo. Los ejemplos más representativos de planeamiento urbano jamás llegaron a concretarse en los hechos, aunque han servido como modelos tanto utópicos como distópicos. Esto se confirma en los suburbios jardín así como en los sueños de Leon Krier y su idílico urbanismo preindustrial. Hasta podría decirse que las raíces del urbanismo se remontan a las milenarias ideas sobre la creación de la Ciudad de Dios, o la construcción del paraíso sobre la Tierra.

Asimismo, desde la *Utopía* de Thomas More, tanto las novelas de ficción como las películas cinematográficas han pintado ciudades ideales y esa tendencia persiste al día de hoy, aunque de forma más desordenada y azarosa. En la actualidad, las películas o los libros que nos sugieren escenas del futuro, ya sea que se trate de ciencia ficción o de *Steam Punk*, suelen proponer el tipo de *collage* de formas nuevas y patrones existentes que apareció por primera vez en 1982 en el film *Blade Runner*. Tal vez los novelistas y los realizadores cinematográficos son conscientes de algo que los urbanistas se niegan a reconocer: el hecho de que la perfección además de no ser posible tampoco es deseable y que nos tendremos que ingeniar para incorporar lo nuevo mientras conservamos lo del pasado, o terminaremos con un pastiche que será un desastre social y ecológico extremo.

Esto podría constituir entonces el programa para el urbanismo, en que se combinen en un *collage* los nuevos elementos a medida que vayan surgiendo, de modo de preservar lo más posible los paisajes humanos y naturales, fomentando la interacción social y garantizando derechos humanos básicos, como iluminación y espacios, y servicios, con el fin de dar lugar a la libertad de acción de todos.

Esta es una estrategia basada en la reacción, que asume que los urbanistas no presentan ideas y esperan a que los encargados de los desarrollos inmobiliarios las completen o que las autoridades gubernamentales dispongan su materialización. Su táctica consiste más bien en adherirse a las tendencias, sugerir alternativas y oponerse a todo lo que impida la accesibilidad o sea de escala demasiado grande (aunque las excepciones a esto último serían deseables, ya que de lo contrario no se repetirían las plazas como la de San Pedro o los centros como el Rockefeller). Los fundamentos de tal práctica deberían ser la reutilización y la ampliación más que la demolición y la construcción de satélites.

Este tipo de planeamiento con base en el entorno ya ha adquirido popularidad en ciertas áreas de negocios y, una vez más, aparecen los urbanistas de Holanda. Allí, los arquitectos como los de la Oficina de Arquitectura Metropolitana o como Kees Christiaanse han llegado a desarrollar programas informáticos que permiten a los proyectistas reaccionar



High Line. Nueva York, 2012. Foto: Fiorella Galvalisi. Edición: Andrea Sellanes

frente al éxito o fracaso de algunas construcciones mediante la alteración de los planes. Pero esos “juegos” se basan todavía en el concepto de que es necesario un plan inicial, aunque el mismo efectivamente experimente cambios en el proceso de su desarrollo.

La verdadera solución para el futuro del urbanismo sería abstenerse de hacer. O más bien esperar y mientras tanto ir recopilando información con mucha paciencia. El urbanismo debería ser una especie de geografía urbana que intente conocer de todas las maneras posibles la totalidad de los aspectos que hacen al entorno, desde el viento y el agua y los ángulos de asoleamiento hasta las ocultas construcciones subterráneas o latentes en los sótanos. Y así, al producirse nuevas ocupaciones, o ante una nueva jugada en el tablero de ajedrez de la vida citadina, suburbana o de las periferias residenciales, los urbanistas podrían demostrar de qué modo sus proyectos urbanísticos podrían reafirmar, contradecir, sepultar o abrir el paisaje existente.

A la vez, podrían también continuar proponiendo imágenes de aquello en lo que podría convertirse nuestro entorno de diseño, con pleno conocimiento de que tales modelos deben permanecer como lo que son: parámetros irreales con los que se pueda medir lo que sucede o lo que podría suceder en el mundo real.

Esquiciar, reflejar y sugerir serían entonces las acciones primordiales del urbanismo. La tarea activa de los urbanistas sería su participación en incisiones quirúrgicas que permitieran a otros actores del escenario urbano ocupar o implementar nuevos proyectos.

Obviamente se entiende que los urbanistas están para generar diferencias decisivas y no para ayudar a aumentar el valor de los inmuebles o para destruir los entornos existentes con el fin de sustituirlos con entornos alienados. El urbanismo puede continuar vendiendo o puede actuar como una forma de conocer, considerar y abrir nuestros espacios.

Crear nada o urbanizar. El planeamiento urbano es prescindible.

AARON BETSKY. Nacido en Missoula, Montana (EE. UU.). Vivió en Holanda, donde cursó sus estudios primarios y secundarios. Posteriormente obtuvo su Licenciatura (1979) y el título de Arquitecto (1983) en la Universidad Yale de los Estados Unidos de América.

Betsky ha ocupado cargos de dirección en las principales instituciones relacionadas con el arte y la arquitectura en el mundo, entre los que se cuentan la dirección del Instituto Holandés de Arquitectura en Rotterdam entre los años 2001 y 2006, el puesto de curador de arquitectura y diseño en el Museo de Arte Moderno de San Francisco (de 1995 a 2001), y la dirección artística de la 11ª Bienal Internacional de Arquitectura de Venecia de setiembre de 2008.

Además de su vasta producción como escritor y editor, que incluye una docena de libros y cientos de artículos publicados, Betsky desempeña funciones docentes como conferencista y crítico invitado en todo el mundo. En la actualidad ejerce como Profesor Invitado en la Universidad de Kentucky en Lexington y realiza dos publicaciones semanales en el blog de *architectmagazine.com*. La editorial RMIT Press ha publicado recientemente una recopilación de sus ensayos intitulada *At Home in Sprawl*.

AARON BETSKY. Mr. Betsky was born in Missoula, Montana, but moved to The Netherlands where he received his grade and high school education. He was granted both a Bachelor of Arts (1979) and a Masters of Architecture (1983) degree from Yale University.

Mr. Betsky's leadership of major institutions in the world of art and architecture includes serving as the Director of the Netherlands Architecture Institute in Rotterdam from 2001 to 2006, the Curator of Architecture and Design of the San Francisco Museum of Modern Art from 1995-2001, and the Artistic Director of the 11th International Architecture Biennale Venice, Italy, in September 2008.

A prolific writer and editor with a dozen books and hundreds of articles to his credit, Mr. Betsky is also a lecturer and visiting critic who teaches around the world. He is currently a Visiting Professor at the University of Kentucky in Lexington and writes a twice-weekly blog for *architectmagazine.com*. His collected essays, *At Home in Sprawl*, were recently published by RMIT Press.